

La novela de García Hortelano es dolorosa por el sentido social que persigue; técnicamente la vemos no lograda porque no ha alcanzado una auténtica fibra objetiva, y estilísticamente es ágil por su brevedad expositiva, y por la contundencia de esquema en determinados pasajes de la misma.

Con esta pauta podremos trazar una visión rigurosamente orgánica de esta nueva novela que ha obtenido el último premio Biblioteca Breve.

En ella es indudable que el escritor persigue una intención fuertemente social. Le duele este mundo que retrata y el dolor que él mismo le produce da lugar a la exclusión sistemática de su ritmo novelístico. Conocedor, por lo que deja entrever, de esta clase adinerada que vive siempre una falsa situación y una vida radicalmente anti-vida, alejando todos los obstáculos que la misma presenta a base de una estable situación económica, García Hortelano yende en este estrato social todo un sentido altamente punitivo. Presentando los hechos en su más cruda realidad, y al margen de toda emoción que pueda deslucir el presunto ritmo de dureza de la obra, el novelista anatemiza todo un sentido de vida y un complejo de culpabilidad progresiva. El desconocimiento de que hacen gala la mayoría de los personajes, ante un presunto hecho delictivo —consecuencia de un desliz amoroso— pone en entredicho este grado de cultura y de humanidad, de cuyo desconocimiento pavoroso García Hortelano carga las tintas con rigor catálico. De como con la novela objetiva puede hacerse novela social nos da un ejemplo muy interesante este escritor. Su versión quizá sea temperamentalmente española, y separada en sus puntos esenciales de la novela «progresivamente objetiva».

Notamos en la obra de García Hortelano un esfuerzo para objetivar el contenido de su novela. Quizá sea este esfuerzo el que convierte los comienzos de la misma en algo sistemáticamente laborioso, aunque logrado de una forma abierta y total.

El objetivismo de García Hortelano no conoce la rigidez de un Robbe

Grillet, la exuberancia de un Sánchez Fersiolo, la duplicidad situacional de un Luis Goytisolo, o la significación suprarreal con un profundo valor de «suspense» de Marguerita Duras. El autor de «Nuevas amistades» hace gala de un estilo contenido, sintético, pero profundamente social y humano en el sentido de culpa de sus personajes. Proporciona una lectura sin altibajos, donde parece que se lucha para que «no ocurra nada» en el mayor número de páginas posible. Así se llega casi a la mitad del libro y el escritor ha ido «retratando» estilísticamente un alrededor meramente sacado del puro hecho, sin consideración posible como no sea un sentido inevitable de vida.

Por ejemplo en «La Celosía» de Grillet —una obra ya clásica entre el material objetivo de que dispone esta nueva corriente literaria— los personajes no aparecen en un sentido inhumano sino que ni ellos tienen, ya que forman parte del aire del cielo y del drama de la insensibilización objetiva. Por tanto esta falta de inhumanidad les da una progresiva grandeza de silencio, una callada verticalidad hierática, y una lejanía ambiental remotísima. «Nuevas amistades» al alcanzar plenamente el resorte social —aunque sea la deshumanización de lo social— es por tanto una situación humana, no una situación en blanco donde se acumulan hechos obsesivos.

La serenidad precoz de Gregorio está sonando a falsa durante toda la novela, quedando convertido en una caricatura ambigua de bajo valor y poca contundencia. García Hortelano ha escrito una novela de disección, pero en la misma se ha sentido atraído en más de una ocasión por el tópico. Ejemplo de lo que decimos sería la situación que crea entre Joaquín e Isabel ya mediada la novela, y como consecuencia del principio de la misma, que es francamente negativo ya que no añade nada para el conocimiento de Isabel que ya ha quedado rigurosamente retratada en los primeros compases, espléndidos, de la narración. Recargar las tintas es a veces estilísticamente de mal tono. Isabel es una mujer que bebe mucho, fuma y tuvo un amor contrariado. A sus trein-

ta y tres años está de vuelta de todo y no hay porque cargar las tintas con un personaje francamente ridículo de un hombre que se enamora superficialmente de ella, y tiene una tienda de mercería y perfumería.... Otro ejemplo, la manida situación entre un señorito y una criada, amén del ridículo personaje de Emilia, médico profesional, no en ejercicio por sus actividades políticas, y que es la autora material del desaguisado que se causa en la persona de Julia la que tuvo el desliz con Pedro.

Los personajes se mueven como en un aquelarre de hundimiento moral en la mas culpable inconciencia. De todo ello nos damos cuenta porque García Hortelano no ha alcanzado la asepsia emocional suficiente para tratar el hecho como «cosa de obsesión» y no como «material de obsesión». No alcanza por tanto en su novela el verdadero ritmo objetivo de situaciones sonando a «hecho indefinible», sino que no puede salir de las «situaciones límite» y esto empobrece su narración en gran manera.

Objetivar entendemos que es novelar las situaciones —la atmósfera progresiva del hecho estático— pero nunca se verá favorecida esta técnica narrativa por el tópico inoperante que no falta en la novela de García Hortelano. La parte central de la novela cuando ya ésta ha alcanzado su pleno contenido es de una contundencia estilista y de una brevedad expositiva admirable. Ricos en recursos literarios asépticos, que se elevan inhiestos sin ninguna clase de prejuicios narrativos son los momentos que preceden a la intervención a que es sometida Julia, y el período de duda y de inquietud que sigue en los días consiguientes al hecho.

Lo que nos duele, y volvemos al principio para terminar estas notas, es la existencia de estos hombres y de estas mujeres que son tan poco útiles, en lo social —no siéndolo ni para ellos mismos—, y que este hecho sea una realidad, un sentido obsesivo contundente, y una desoladora panorámica de una juventud que no es útil a sí misma ni a su futuro.

LUIS BOSCH G.